

Luis Enrique Délano

por ANDRES SABELLA

Luis Enrique Délano, el nuevo Premio Nacional de Periodismo, en Redacción, es un nombre bañado, largamente, en tinta de imprenta. Cuando andaba en los veinte años, en su Quillota frutal y augural, publicó un curioso libro de poemas en compañía de Alejandro Gutiérrez, un poeta errante que terminó suicidándose en nuestra pampa salitrera, varios años después. El libro, perforado y sujeto por una cinta, se llama "El Pescador de Estrellas". Título definidor, hasta lo hondo, de Luis Enrique Délano, hombre de pasiones y de evocaciones que ha vivido en la buena tarea de pescar estrellas del cielo, del mar y de la tierra.

Vino la aventura editorial de José S. Gallay, la de "Lectura Selecta" y, allí, Délano aportó una breve novela, "Rumbo hacia ninguna parte", en cuyas páginas surgía la proa que habría de trazarle todas las tentaciones del espíritu. Hoy, Délano fijó rumbo y sabe, exactamente, a dónde va, hacia qué playas corren sus esquifes.

Cuando Salvador Reyes, Angel Cruchaga, Manuel Edo, Hübner y Hernán del Solar se decidieron a imprimir la revista "Letras", Délano trabajó con ellos en una de las más hermosas batallas de la cultura chilena.

Si D'Halmar era el Almirante de Buque Fantasma, si Reyes era el capitán de una flotilla de "barcos ebrios", el grumete era Luis Enrique. Esta fue, realmente, la oficialidad de nuestra primera tripulación literaria. Después, se agregaron a ella, Jacobo Danke y los demás que le tatuaron caracolas al brazo de su inspiración.

Era, entonces, la batalla del Criollismo y del Imaginismo. Délano se inscribió en las milicias de la fantasía: su libro "La Niña de la Prisión", de 1928, lo mostró dueño de un arcón de historias que sólo pueden vivir los hombres tallados al modo de Cendrars o de Conrad. De esta obra es su dramático, cuento "Al punto mayor", en el que dos hombres se juegan, a los dados, el cuerpo de una mujer de "ojos vagabundos, lejanos, ausentes".

Los libros siguieron levantándole en prestigio: "Luces en la isla", (1930), y "La Evasión", (1933), para conquistarle el derecho a viajar a España, en 1934. Estuvo, de paso, con nosotros, en esta ciudad, cuando partía, junto a Edmundo Campos, el pintor que compartía con Délano esta distinción.

España lo transformó, sobre todo cuando la Guerra Civil fue una ilaga abierta en el corazón de su República. Délano, el escritor de errancias y distancias, halló que en la tierra debía el hombre jugarse entero por su felicidad. Y en adelante le cedió paso y espacio a su fuero de escritor comprometido con la esperanza de un mundo mejor. De este ciclo suyo son las novelas "Puerto de Fuego", "La Base" y "El Viento del Renacimiento".

Entre el escritor y el diplomático, marchaba Délano, el periodista, el que, ahora, recibe lo que ya le diera su público lector: el aplauso sin regateo. Próspero escribe lo siguiente, en su "Antología de Redactores Nacionales":

"Luis Enrique Délano escribe bien. Hay en su estilo un gran reposo, un poco de nostalgia y cierta sutil ironía, que no hiere ni desentona, sino que atrae", (Pág. 77.).

El reposo se lo proporciona la conciencia del escritor libre. Aquella nostalgia es la que le resta aún en la punta de su pluma navegadora de sueños. Y la ironía nace de su sabiduría de hombre que, tras muchos viajes ideales, descubrió que el único crucero que nos corresponde agotar es el que nos conduce a la plenitud de la tierra en paz, poblada de hombres alegres de su justicia y de su libertad.